

La concepción freudiana del sueño

Abstract. *This article is about dreaming and the importance of dreams in psychoanalytic theory. The Freudian conception of dreaming represents a kind of turning point in the study of that phenomenon; it is also very important to understand other capital concepts in psychoanalysis. Freud considered dreams the via regia into his big discovery: the unconscious. Our work will try to make some remarks about the possibility and limits of the interpretation of dreams.*

Resumen. *Este ensayo gira en torno al tema de los sueños en la teoría psicoanalítica. La concepción freudiana del soñar representa una especie de punto de cambio en el estudio de ese fenómeno, además de ser de extrema importancia en la comprensión de otros conceptos capitales en psicoanálisis. Freud consideró los sueños como la vía regia para acceder a su gran descubrimiento: el inconsciente. Nuestro trabajo tratará además de hacer algunos apuntes alrededor de la posibilidad y los límites de la interpretación del fenómeno onírico.*

1. La concepción freudiana de los sueños

La concepción del sueño en Freud parte de la convicción de que los sueños poseen un sentido. Pero este sentido, como veremos, no es evidente, no es un dato inmediato de la conciencia, lo que nos sitúa de lleno en el terreno de la interpretación. ¿Por qué es necesario interpretar los sueños? ¿Cuál es la utilidad de su interpretación?

La respuesta a dicha pregunta es posible esbozarla del siguiente modo:

1. El sentido de los sueños, como dijimos, no es evidente, es decir, no salta a la vista en el acto de soñar o bien al despertar. Muy por el contrario, si los sueños nos desconciertan en su vivencia misma, nos confunden aún más cuando despertamos.¹ Tampoco existe alguna suerte de captación intuitiva de su sentido, más allá de su comprensión; el sentido del sueño² es un trabajo por realizar, no algo ya dado, y su comprensión no se reduce solamente a un proceso intelectual, sino que comporta una dimensión afectiva fundamental y determinante que es la que posibilita que tal sentido adquiera realmente un lugar significativo en la vida del sujeto (sobre este punto nos referiremos más adelante). Freud, convencido de su sentido, más allá del hecho de parecernos generalmente absurdos y embrollados —a excepción de los sueños de niños³ que para Freud presentan una claridad especial—, convencido de este sentido, decíamos, postulará la hipótesis de los dos contenidos del sueño, esto es, el contenido manifiesto y el contenido latente. De esta forma, el psiquiatra vienés aparece como uno de los grandes pensadores de la sospecha, según la feliz expresión de Ricoeur.

2. El otro aspecto que le da a los sueños un lugar privilegiado en la interpretación psicoanalítica, es que para Freud son la *via regia* para acceder al inconsciente. Durante el reposo se produce un aislamiento del mundo exterior, el sujeto que quiere dormir se priva lo más posible de estímulos externos que perturben su reposo y se procura condiciones parecidas a las existentes en el

útero materno, es decir, oscuridad, calor, etc. Al mismo tiempo, hay un relajamiento de las resistencias que gobiernan el estado de la vigila. Dicho aflojamiento posibilita el acceso, aunque deformado, de contenidos inconscientes a la conciencia.

2. La queja contra las ciencias exactas

El hecho de que los sueños nos parezcan generalmente irracionales y absurdos no obsta que sean estudiados por la psicología, sin considerarlos productos residuales sin ninguna importancia para la vida anímica.⁴ Freud se quejaba del tratamiento que había recibido el fenómeno onírico por parte de las ciencias naturales, básicamente las ciencias médicas de su época. El acercamiento por parte de estas disciplinas fue —o es aún— a través de la aplicación de teorías fisiológicas. Los médicos tendían a ver en los sueños no actos psíquicos, autónomos y con una legalidad propia, sino expresiones en la vida anímica de manifestaciones somáticas. En el Capítulo I de *La interpretación de los sueños* (1900) Freud divide la totalidad de las fuentes oníricas en cuatro:

- A) Estímulo sensorial externo (objetivo).
- B) Estímulo sensorial interno (subjeto).
- C) Estímulo somático interno (orgánico).
- D) Fuentes de estímulos puramente psíquicos.

Los estímulos sensoriales externos son aquellos que recibe el soñante del medio en que se halla inserto, son casuales y pueden ser provocados experimentalmente (determinada temperatura en la habitación, el timbre de un reloj despertador, un objeto que haga contacto con el cuerpo del soñante, la picadura de un insecto, etc.). Los *estímulos internos* son aquellas sensaciones visuales y auditivas, como el caos luminoso del campo visual, el zumbido de oídos, excitaciones de la retina, etc.; estos estímulos favorecen la creación de imágenes hipnagógicas, pero presentan la desventaja de que sólo muy difícilmente son comprobables empíricamente, como sí puede suceder con los estímulos objetivos. Los *estímulos somáticos internos u orgánicos* son aquellos produci-

dos por nuestras sensaciones vegetativas y las procedentes de los órganos internos; durante el sueño podemos experimentar sensaciones de diversas partes de nuestro organismo que en el estado de vigilia no experimentaríamos, así como es posible también que se anuncien enfermedades y trastornos durante el mismo. Por último, tenemos las *fuentes psíquicas de estímulos*. Esta es la fuente de estímulos más controvertida para los que han estudiado el sueño desde el punto de vista de las ciencias exactas, pues intentan reducir la fuente de estímulos a instancias puramente físicas, tendiendo a clasificar los sueños en sueños de estímulo nervioso y sueños de asociación, fijando la reproducción como fuente exclusiva de los últimos. Freud no niega la importancia de los estímulos de diversa índole en el proceso onírico; lo que sí niega, y en esto estriba su originalidad, es que exista una relación de causa-efecto entre un estímulo, ya sea interno o externo, y un elemento del sueño. Si, por ejemplo, el sonido del teléfono puede influir en la construcción de un sueño, a través, digamos, de la aparición del repiqueo de unas campanas en un sueño determinado, no existe un lazo de necesidad causal que me obligue —valga la expresión harto equívoca en relación con un proceso tan determinado por las leyes del inconsciente— a soñar con ese repiqueo, pues ese mismo timbrar de teléfono puede estimular la aparición, en el mismo sueño, de un elemento distinto, como el tañido de una guitarra, por decir algo. En otras palabras, la asociación, producto de toda suerte de estímulos, es meramente fortuita, subordinada a los intereses inconscientes del soñar. Tal punto de partida en relación con el fenómeno onírico saca a Freud del reino de las ciencias naturales y exactas para situarlo en el terreno autónomo de lo psíquico.

Wundt, por ejemplo, sobre el tema de la génesis de los sueños, señala —reduciendo la importancia de la participación psíquica— “que los fantasmas oníricos son considerados, quizá erróneamente, como puras alucinaciones. Probablemente la mayoría de las representaciones oníricas son, en realidad, ilusiones emanadas de las leves impresiones sensoriales que no se extinguen nunca durante el reposo”.⁵

En suma, el aporte freudiano radica en la defensa de la autonomía del fenómeno onírico como fenómeno psíquico; apunta que la psiquiatría acentúa el dominio del cerebro sobre el organismo, pero se muestra reacia a suponer la independencia de la vida anímica de las alteraciones orgánicas comprobables. Sin embargo, Freud también llega a pensar que existe una concatenación causal entre lo psíquico y lo somático. Al respecto señala:

Incluso donde lo psíquico se revela en la investigación como la causa primera de un fenómeno, conseguirá alguna vez un más penetrante estudio hallar la continuación del camino que conduce hasta el fundamento orgánico de lo anímico. Mas cuando lo psíquico haya de significar la estación límite de nuestro conocimiento actual, no veo por qué no reconocerlo así.⁶

En resumen, la literatura concerniente al fenómeno onírico que Freud estudia oscila entre las posiciones puramente fisiológicas y neurológicas, y otras de fuerte cuño metafísico, como la de Scherner, que asignan a la vida onírica una especial capacidad de representación fantástica. Binz, por ejemplo, describe el despertar como un despertar de las células dormidas que se extienden por el cerebro, y el sueño como un proceso somático, inútil y hasta patológico en muchos casos.

3. Sueño y reposo. ¿Qué es un sueño?

Halla Freud dificultad en definir qué es un sueño. No obstante, señala dos caracteres esenciales a todos los sueños:

A. Cuando soñamos nos hallamos dormidos. Nuestra vida psíquica durante el estado de reposo presenta semejanzas con la de la vigilia, pero al mismo tiempo considerables diferencias. Al respecto señala Freud: "Es posible que entre el sueño y el estado de reposo existan relaciones aún más estrechas. Muchas veces es un sueño lo que nos hace despertar, y otras se inicia el mismo inmediatamente antes de un despertar espontáneo o cuando hay algo que viene a interrumpir violentamente nuestro reposo. De este modo, el fenómeno onírico se nos muestra como un estado intermedio entre el reposo y la

vigilia, planteándonos ante todo, el problema de la naturaleza del acto de dormir".⁷ La tendencia biológica del reposo le parece a Freud consistir en el descanso, y su carácter psicológico, en la extinción del interés por el mundo exterior. Durante siglos se pensó que el cerebro durante el reposo suspendía todo funcionamiento; hoy día, por ejemplo, las investigaciones experimentales sobre el dormir han demostrado que durante el estado de reposo el cerebro mantiene una intensa actividad medible en términos de impulsos eléctricos. Igualmente, aunque Freud defienda la autonomía del fenómeno onírico y caracterice al sueño por ese deseo de desatenderse del mundo, el durmiente sigue manteniendo ciertos lazos con el mundo exterior. Esto se aprecia en la tolerancia que se puede desarrollar para ciertos estímulos externos, por ejemplo ciertos ruidos que pueden ser considerablemente fuertes, y la atención especial que se le puede dar a otros impulsos poco perceptibles, como una madre que se desatiende del fuerte ruido del tráfico en la calle, pero está atenta al mínimo gemido de su bebé.

B. El segundo rasgo común de los sueños, más difícil de establecer, es que los procesos psicológicos del reposo difieren por completo de los de la vida despierta. Freud considera este segundo carácter como confuso e incomprendido. Esta diferencia con la vida despierta responde al hecho de que los sueños se nos presentan en forma de imágenes visuales, a que la imagen predomine en la experiencia onírica. En este rasgo común de los sueños radica, según Freud, una de las mayores dificultades para la interpretación. Recordemos que Freud divide el sueño en contenidos latentes y manifiestos; el elemento onírico manifiesto no es tanto una desfiguración del latente como una figuración de él, su expresión en imágenes plásticas concretas, que toman como punto de partida la literalidad de ciertas palabras, lo que representa una particular filosofía del origen del lenguaje. La deformación sobreviene ya que hemos olvidado hace mucho tiempo la imagen

concreta de la surgió la palabra, y no la podemos reconocer sustituida por la imagen. La dificultad terapéutica –e interpretativa, porque el alivio del síntoma debe ser concomitante a la intelección– radica en el hecho de que en la terapia es necesario traducir estas imágenes en palabras. El análisis adquiere entonces la forma de una traducción. Freud piensa que la ambigüedad característica de los sueños, producto del trabajo del sueño (*Traumarbeit*) y sus mecanismos de condensación y desplazamiento⁸, se debe a ciertos arcaísmos que dominaron las lenguas primitivas, en donde una misma palabra podía designar a su contraria, y que perviven aún hoy en nuestro mundo inconsciente. La contradicción radicaría en que en la génesis del sueño el lenguaje figural ocupa un lugar central, mientras que en la técnica de interpretación tal lugar lo ocupan los pensamientos, la estructura de ese lenguaje figural y desconocido.

El concepto de pensamiento onírico latente sufrió también un profundo cambio en la obra de Freud, pasando de ser idéntico al llamado “resto diurno” a lo que Freud denominó vagamente “lo genuino” del sueño. El resto diurno pasó a ser ya no el contenido latente sino la instancia motivadora o factor desencadenante de la elaboración onírica; este resto se relaciona con las situaciones cotidianas que motivan de manera casual la producción de sueños, mas, no obstante, el motor del sueño son siempre los deseos infantiles. Sobre tal punto, es imprescindible citar la famosa metáfora freudiana del capitalista:

Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel del socio industrial: el socio industrial posee una idea y quiere explotarla; pero no puede hacer nada sin capital y necesita un socio capitalista que corra con los gastos. En el sueño el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, un deseo de lo inconsciente.⁹

Observamos, pues, que existe cierto hiato en la relación entre el contenido manifiesto y el latente. El contenido manifiesto es aquel que es relatable, pero que deja en el soñante la sensación

de dejar en la penumbra una gran parte de su vivencia onírica¹⁰, pues ¿cómo traducir sus imágenes visuales (también intervienen sensaciones olfativas y auditivas, si bien en menor medida) en palabras? Para Freud, el sueño es un fenómeno regresivo que nos transporta a arcaísmos, tanto ontogenéticos como filogenéticos, pues conocida es su hipótesis de que el individuo reproduce en su desarrollo los dramas por los que hubo de atravesar la humanidad entera. La labor interpretativa consistirá, entonces, en deshacer la labor del sueño. Mientras que en el pensamiento de la vigilia dominan el pensar diferenciado y diferenciante, por gradaciones, orientado por distinciones espaciales y temporales lógicas, lo propio del sueño es la regresión y el borramiento de los límites. De esta forma, la labor interpretativa se basa en la libre asociación con el fin de sortear esta asimetría que Freud colocó entre el pensamiento onírico y el de la vigilia. La asociación libre es un proceso de asociaciones involuntarias (por tanto, no “libres”) que busca burlar el censor de la conciencia. Esto es de gran importancia en el conjunto de la teoría y la técnica psicoanalítica, pues Freud asume la semejanza entre el libre asociar del paciente en el diván y la regresión que realiza el soñante en las formaciones oníricas.

4. La función del sueño.

Los sueños como realizaciones de deseos

Para Freud, el sueño tiene la función de proteger el reposo del durmiente. Lo novedoso de esta tesis es que, contrariamente a la concepción popular que veía en éste una perturbación del descanso, en la teoría freudiana se convierte más bien en el guardián del dormir. Recordemos la tesis general que le asigna a los sueños la función de ser realizaciones de deseos, de deseos infantiles fundamentalmente. Tal es la reducción heurística y metodológica que realiza Freud de la función del sueño. Pensaba que en la relación analítica el paciente reproducía básicamente la misma relación edípica que con sus padres; cuenta incluso como al final de una de sus sesiones una mujer se le abalanzó y le besó en la boca. Los analizantes se apegan sentimentalmente a sus psicoanalistas, se

molestan con ellos y hasta llegan a odiarles; tal relación emotiva es la que se conoce como la relación transferencial. Al poner en escena la relación edípica, el análisis de las interpretaciones oníricas nos retrotrae a los deseos y recuerdos infantiles que han sido reprimidos, formando una laguna en la memoria del sujeto, siendo el *leitmotiv* de su sintomatología.

Los sueños de los niños suelen ser muy claros y mostrar de manera palpable la función cumplidora de deseos; los de los adultos son por el contrario complicados y embrollados y la realización del deseo se disfraza para no despertar al durmiente, pues ésta choca con la censura que, aunque disminuida, siempre mantiene su vigencia durante el soñar. De tal suerte, en el sueño hay una realización de deseos, pero deformada por la represión.¹¹ El niño al que se le ha impedido comer su porción de postre favorito, puede soñar que se está dando un banquete del mismo; de igual forma, en los adultos se dan sueños de esta claridad, como cuando nos acostamos sedientos y soñamos que estamos bebiendo un vaso de agua bien helada. Sin embargo, esta capacidad de satisfacer necesidades orgánicas vitales en nuestros sueños, como la sed o el hambre (la excitación sexual también es un estímulo importante en ellos) no explica por sí misma el fenómeno onírico. En otras palabras, no hay un lazo de necesidad causal por el que podamos explicar los sueños; el que tengamos tal o cual sueño no puede ser explicado lógicamente, deducido linealmente de tal o cual estímulo; el privilegio de un determinado estímulo o suceso diurno no le compete en absoluto al sujeto de la conciencia, sino que es la prerrogativa fundamental de eso que llamamos lo inconsciente. La causalidad del sueño es más bien de tipo estructural, pues en ella actúan un sinnúmero de variables imposibles de determinar unilateralmente; la elucidación —parcial como veremos— de tales determinantes es precisamente la labor de la interpretación. Es esta dimensión contingente de las formaciones oníricas lo que el estudio de los estímulos somáticos y externos no puede explicar. El estudio experimental del dormir, y más concretamente del fenómeno onírico, tiene un límite, límite en el que comienzan las construcciones psicoanalíticas.

Como vimos, la función realizadora de deseos tiene la misión de proteger el reposo. El trabajo del sueño que deforma el cumplimiento “directo” del deseo —que sería su aparición desnuda en la conciencia del soñante— es un ejemplo del mecanismo del que se vale el sueño para proteger el dormir puesto que, si el deseo —reprimido— se presentara en toda su crudeza, despertaría al soñante. Ante lo que parece ser un contraejemplo de su teoría, el caso de los sueños de angustia, señala Freud que incluso en ellos se cumple la función protectora del sueño, pues al lograr que el durmiente despierte, impiden que afloren en la conciencia del soñante deseos penosos intolerables. El hecho de que todos los sueños son realizaciones de deseos, no implica que éstos sean, por decirlo así, agradables. Una pesadilla no parece ser una satisfacción de deseos, pero Freud responde que eso sería entender de una manera reducida la idea de deseo, en el sentido de la simple y llana satisfacción; puede haber realización de deseos en una pesadilla en tanto respuesta a un deseo superyoico de castigo. El aparato anímico es harto complicado y los destinos pulsionales pueden ser tan variados que no es posible entender la realización de deseos en este sentido restringido, aunando a todo ello la primacía de la pulsión de muerte y el carácter constitutivo de la represión.

No obstante, para Thomä y Kächele la idea freudiana de que el deseo infantil es el motor de la formación onírica no ha sido confirmada, y a la luz de la investigación moderna, según ellos, debe ser descartada por superflua. Según estos autores, la hipótesis del “capitalista” fue formulada antes de que se supiera que el soñar es una actividad de base biológica controlada por un reloj interno y que no necesita ser fundamentada en términos de economía psíquica. Insisten en que hoy se consideran como otras importantes funciones del sueño la solución de problemas (actuales), el procesamiento de información y la consolidación del yo.

Insistamos en que para Freud los deseos conscientes sólo actúan como estímulos del sueño cuando consiguen despertar un deseo inconsciente con un efecto paralelo que refuerce su energía. Este deseo inconsciente es un deseo infantil que proviene precisamente del sistema

Inconsciente; en los niños, en los que no existe todavía la separación entre el sistema Preconsciente y el Inconsciente, el deseo será uno insatisfecho de la vida despierta, pero no reprimido. Freud divide las posibles procedencias del deseo del siguiente modo: 1) Pudo haber sido provocado durante el día y no haber hallado satisfacción a causa de circunstancias exteriores, y perdura durante la noche como un deseo reconocido e insatisfecho; 2) Pudo haber surgido durante el día, pero haber sido rechazado, permaneciendo en nosotros como un deseo insatisfecho pero reprimido; 3) Puede hallarse exento de toda relación con la vida diurna, y pertenecer a los deseos que por la noche emergen en nosotros de lo reprimido; 4) Puede proceder de los deseos optativos surgidos durante la noche (sed, necesidad sexual, etc.).

5. El ombligo del sueño.

La naturaleza de la interpretación y sus límites

Según el análisis, no se trata de reconstruir un sueño en sí mismo, si es que podemos hablar en estos términos. La interpretación consiste, como dijimos, en la reconstrucción de sus ideas latentes. Nótese que hablamos de reconstrucción y no de descubrimiento. En un importante artículo de 1937, titulado *Construcciones en psicoanálisis*, señalaba Freud lo siguiente:

Su tarea [la del psicoanalista] es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí, o más correctamente, construirlo. El tiempo y modo en que transmite sus construcciones a la persona que está siendo psicoanalizada, así como las explicaciones con las que las acompaña, constituyen el nexo entre las dos partes del trabajo analítico, entre su propia parte y la del paciente.¹²

La reconstrucción consistirá en revelar la estructura que hace posible una intelección suficiente del sueño. Hablamos de reconstrucción suficiente, y no total y absoluta. Al respecto, es imprescindible citar el siguiente pasaje de *La interpretación de los sueños* referido al límite de la interpretación analítica:

En los sueños mejor interpretados solemos vernos obligados a dejar en tinieblas determinado punto, pues advertimos que

constituye un foco de convergencia de las ideas latentes, un nudo imposible de desatar, pero que por lo demás no ha aportado otros elementos al contenido manifiesto. Esto es entonces lo que podemos considerar como el ombligo del sueño, o sea el punto por el que se halla ligado a lo desconocido. Las ideas latentes descubiertas en el análisis no llegan nunca a un límite y tenemos que dejarlas perderse por todos lados en el tejido reticular de nuestro mundo intelectual. De una parte más densa de este tejido se eleva luego el deseo del sueño.¹³

Ese nudo imposible de desatar que se halla en todo sueño, hasta en los mejor interpretados, es el punto desde el que lo desconocido jalona la interpretación, no para tornarla imposible, sino para recordar a analista y a analizante que el pensamiento determinado por las leyes del inconsciente es un inmenso tejido imposible de delimitar con precisión. El inconsciente freudiano nos sugiere la idea de un caldero —eliminando las connotaciones espaciales y de profundidad que tal metáfora puede sugerir— de significantes anárquicos y contradictorios que se resisten a ser apresados por las reglas lógicas que gobiernan el pensamiento consciente. La cita anterior es interesante pues Freud se refiere al pensamiento —y al inconsciente— como un tejido. Si donde dice pensamiento leemos lenguaje, podemos reconocer en Freud a uno de los precursores de los modernos —o posmodernos— analistas del lenguaje y de la literatura, así como a uno de los que serán sus más brillantes continuadores, Jacques Lacan, y su idea de que el inconsciente tiene la misma estructura que el lenguaje. Tal concepción de lo inconsciente como un tejido en el que no es posible ubicar unívocamente significados es lo que hace impropio establecer una simbólica del sueño, es decir, un esquema de relaciones constantes y unívocas entre representados y representantes.

Insistamos en que en la experiencia psicoanalítica lo que se trata es de interpretar y construir¹⁴, pues el sentido no es, como hemos repetido, evidente. Aquí conectamos con la hipótesis de lo inconsciente; digo hipótesis para evitar caer en un realismo ingenuo que creyese que el inconsciente es una instancia —incluso física, una cosa que subyace a la conciencia, lo que el término subconsciente sugiere sobremanera. El inconsciente es una instancia correlativa de la teoría psicoanalítica. Sin embargo, ¿cómo decir esto sin caer en un relativismo a ultranza que afirmase

que lo inconsciente es sólo un invento sin asidero real? Es evidente que en todo decir, del cual el decir del sueño es ejemplar, existe un *plus* de sentido que no es inmediatamente accesible a la conciencia; la conciencia y el sentido son un trabajo y un fin, no un punto de partida. Tal es la significación de la revolución freudiana: la subversión del sujeto, su desplazamiento del campo gravitacional de la conciencia. Es ese exceso de sentido en el decir lo que nos obliga a reconocer la existencia de lo inconsciente, no como un recinto mágico e impenetrable, sino como una hipótesis que hay que reconocer para acceder a la intelección de sus efectos. El inconsciente es la piedra angular de la práctica psicoanalítica, y los sueños, según Freud, una vía privilegiada para la aprehensión de este pez huidizo que se resiste a ser reducido a la inmediatez de la conciencia.

Ahora bien, ¿cuál es el criterio de validez de las interpretaciones analíticas? Tomando en cuenta la complejidad de las formaciones del inconsciente, esto es, la dificultad y siempre parcialidad de sus interpretaciones, así como el relativismo intersubjetivo que introduce la relación analizante-analista, el criterio último de validez de la interpretación, y este es uno de los puntos medulares que distancia al análisis de cualquier tradición racionalizante, es de tipo afectivo. Es decir, el criterio último de la validez de una construcción analítica es terapéutico, el alivio de los síntomas del analizante, pero un alivio duradero y sostenido, no momentáneo, producto de factores como las resistencias o las seducciones de lo imaginario. Desde siempre se ha reprochado a los analistas el predisponer a sus analizantes a aceptar como válidas las interpretaciones que efectúan, subestimando sus reacciones en favor de la verdad de las construcciones que realizan. No obstante, sobre este punto Freud señala acertadamente lo que sigue:

Es verdad que no aceptamos un "no" de una persona en tratamiento por su valor aparente, pero tampoco damos paso libre a su "sí". No existe justificación para acusarnos de que invariablemente tendamos a retorcer sus observaciones para transformarlas en una confirmación. En realidad las cosas no son tan sencillas si nos permitimos hacer tan fácil para nosotros el llegar a una conclusión.

Un simple "sí" de un paciente no deja de ser ambiguo. En realidad puede significar que reconoce lo justo de la construcción que le ha sido presentada; pero también puede carecer de

significado e incluso merece ser descrito como "hipócrito", puesto que puede ser conveniente para su resistencia hacer uso en sus circunstancias de un asentimiento para prolongar el ocultamiento de la verdad que no ha sido descubierta. El "sí" no tiene valor a menos de que sea seguido por confirmaciones indirectas, a menos que el paciente inmediatamente después de su "sí" produzca nuevos recuerdos que completen o amplíen la construcción. Solamente en tal caso consideramos que el "sí" se ha referido plenamente al sujeto que se discute.¹⁵

En otras palabras, no es justo que se reproche al psicoanalista el predisponer a los analizantes para que acepten una construcción, ni el hacerse de oídos sordos frente a las reacciones de los pacientes so pretexto de considerarlas meras resistencias al análisis, pues tal actitud contradiría la importancia radical de la palabra en la labor analítica. Se trata más bien de la prudencia y —digámoslo, ¿por qué no?— la sospecha que debe conservar a lo largo del trabajo analítico; el sujeto psicoanalítico es un sujeto escindido y, por ello, hay un desfase entre su decir y su deseo. Como ya lo señaló Freud, el éxito de una construcción sólo dependerá de los efectos —lenguajeros y terapéuticos— que produzca en el sujeto.

Si concebimos el sueño como un texto, es decir, como una entidad plurisignificante y multívoca, podemos decir que es abordable, cognoscible, en tanto es relatable, sin olvidar por supuesto que ha sido distorsionado por la instancia de la represión. Por ello Freud habla del trabajo del sueño, al que es necesario enfrentar el del análisis. El hecho de que el análisis se mueva por completo dentro del campo de la palabra, y que el sueño sea un texto, nos permite de algún modo superar ese relativismo intersubjetivo que señalamos arriba, el que se da entre analista y analizante en el terreno de la interpretación. De este modo, la interpretación no deviene una construcción más o menos caprichosa por parte del analista, sino un constructo que debe demostrarse en el lenguaje, a través de sus efectos en la vida del sujeto. El valor de las interpretaciones radicarán, entonces, en el efecto de la palabra en la historia del analizante, al que será paralelo —como hemos insistido— un efecto terapéutico.

El lenguaje no es propiedad ni del analista ni del analizante, sino de la Cultura. El sueño es texto, el sueño habla, y como tal hace posible una abordaje más o menos objetivo. Pero no se nos

entienda mal, porque hablar de objetividad en relación al inconsciente es profundamente problemático. Se trata de la objetividad que hace posible el abordaje lingüístico del inconsciente, pero sin olvidar ese fondo de indeterminación constitutivo de la interpretación, que Freud resalta magistralmente cuando habla del ombligo del sueño.

La interpretación se referirá siempre a una historia concreta y singular, aunque el analista se sirva de ciertas estructuras conceptuales que le permitan pensar lo inconsciente, tamizarlo, pero nunca imponiendo a contrapelo una interpretación. Por esto, no existe interpretación paradigmática del sueño; ante todo el psicoanalista debe dejar hablar al inconsciente. Toda tentativa de operacionalizar los conceptos psicoanalíticos chocará con el hecho de que ellos provienen de un campo muy diferente al de la contrastación empírica, esto es, del campo de la interpretación. En el análisis se trata de establecer las relaciones de sentido entre los objetos sustituyentes y los objetos perdidos de la pulsión; mientras que en las ciencias fácticas lo que se busca es constatar un objeto existente realmente ahí-afuera, en el análisis lo que se sigue es el hilo regresivo desde los objetos secundarios hasta los significantes-clave que hablan de la pérdida fundamental que hace posible al sujeto, estructurando la subjetividad.

Notas

1. Durante el sueño, ¿tenemos conciencia de estar soñando? La respuesta a esta pregunta pareciera ser negativa, pues de lo contrario deberíamos aceptar que la conciencia tiene preeminencia en el proceso del soñar. La intencionalidad como conciencia pierde su alcance explicativo en relación al sueño. Según la fenomenología, toda conciencia es conciencia de algo. Al respecto señala Husserl: "La intencionalidad es lo que caracteriza la conciencia en su pleno sentido y lo que autoriza para designar a la vez la corriente entera de las vivencias como corriente de conciencia y como unidad de una conciencia" (Husserl, Edmund. *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. Trad. José Gaos. 2ª edición. México: Fondo de Cultura Económica, 1962, párrafo 84, p.198). Según esto, detrás de la corriente de las vivencias hay una unidad, la de la conciencia; las diferencias con la concepción psicoanalítica del sujeto son obvias.
2. No podemos intencionar al sueño como sueño, como un producto alucinatorio, sino que lo vivimos como real. Se puede alegar que para la fenomenología el sueño es tan real —a pesar de su carácter irrealizante— como la realidad empírica, en lo que estamos en principio de acuerdo, pero el concepto de intencionalidad no agota el sentido del sueño, pues el soñar está gobernado por los procesos que desencadena la acción del inconsciente. Ahí donde la intencionalidad pretende reivindicar la dimensión irrealizante del soñar, el psicoanálisis debe deshacer esa aparente irrealidad para darle un sentido en la vida del sujeto. Si bien lo evidente del sueño es su aparecer en imágenes, para el psicoanálisis lo más importante radica en el texto latente que encierra. Más que la vivencia que expresa, interesa la estructura que pone en escena.
3. Sin embargo, hay que señalar que, desde un punto de vista, todos los sueños son sueños de niños, así como todo psicoanálisis es psicoanálisis de niños, aunque se trate de adultos, puesto que, como sabemos, Freud sitúa el periodo más importante de la vida del sujeto en la niñez, en la llamada primera infancia, que abarca aproximadamente los cinco primeros años de vida. El sueño efectúa una regresión a esas primeras impresiones que marcaron el destino psíquico del individuo; de esta forma siempre trae al presente deseos infantiles.
4. "Maury compara los sueños a las contracciones desordenadas del baile de San Vito que contrastan con los movimientos coordinados del hombre normal, y una vieja comparación asimila los sueños a los sonidos 'que produce un individuo profano en música recorriendo con los diez dedos las teclas del piano'" (Freud. *Introducción al psicoanálisis*. "Los sueños". Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 85).
5. Citado por Freud en *La interpretación de los sueños*. Capítulo I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 373. En esta misma página, nos dice: "Si la etiología de los sueños quedase totalmente esclarecida por la actuación del interés despierto y la de los estímulos externos e internos sobrevenidos durante el reposo, nos hallaríamos en situación de

dar cuenta satisfactoria de todos los elementos de un sueño, habríamos conseguido resolver el enigma de las fuentes oníricas y no nos quedaría ya más labor que la de delimitar en cada caso la participación de los estímulos oníricos y somáticos. Mas esta total solución de un sueño no ha sido nunca conseguida, y todos aquellos que han querido interpretar alguno han podido comprobar como en todo análisis les quedaban elementos del sueño –casi siempre en número considerable– sobre cuyo origen les era imposible dar ninguna indicación. Los intereses diurnos no presentan, pues, como fuente onírica psíquica, todo el alcance que nos hacía esperar la afirmación de que cada uno de nosotros continúa en el sueño aquello que le ocupa en la vigilia”.

6. Freud. *La interpretación de los sueños*. Capítulo I. O. C., p. 374.
7. Freud. *Introducción al psicoanálisis*. “Los sueños”. O. C., p. 87.
8. Los tres mecanismos que estructuran el fenómeno onírico son la condensación, el desplazamiento y la figuración plástica.
9. Freud. *La interpretación de los sueños*. Cap. VII. Tomo I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 686.
10. La vivencia, por sí misma, interesa más a la fenomenología, la cual se mueve todavía dentro del marco de la representación y la expresividad, que al psicoanálisis, interesado por el contrario en las estructuras de sentido.
11. Ya en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, de 1895, publicado póstumamente en 1950, hacía referencia Freud a la complejidad de la producción onírica y al trabajo de elucidación e intelección del deseo: “No sucede, por ejemplo, que un deseo se torne consciente y que luego se alucine su realización, sólo ésta última será consciente, mientras que el eslabón intermedio [el deseo] deberá ser inferido” (*Obras completas*. Tomo I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 247).
12. Freud. *Obras completas*. “Construcciones en psicoanálisis” (1937). Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 3366.
13. Freud. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 666. Sobre los límites de la interpretación nos dice en otra parte: “Una vez hallada la interpretación de un sueño, no siempre es fácil decidir si es “completa”, es decir, si no existen otros pensamientos preconscious que hayan logrado expresión en el mismo sueño. En tal caso, debe considerarse demostrado aquel de los sentidos que esté abonado por las asociaciones del so-

ñante y por nuestra apreciación de la situación general, sin que por ello siempre sea lícito rechazar el otro sentido probable. Este sigue siendo posible, aunque no demostrado, de modo que es preciso familiarizarse con el hecho de esta significación múltiple que ofrecen los sueños” [*Obras completas*. Tomo III. “Los límites de la interpretabilidad de los sueños” (1925). Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, pp. 2891-2892].

14. Freud precisa, en *Construcciones en psicoanálisis*, lo que entiende por interpretación y por construcción: “El término «interpretación» se aplica a alguna cosa que uno hace con algún elemento sencillo del material, como una asociación o una parapraxia. Pero es una construcción cuando uno coloca ante el sujeto analizado un fragmento de su historia anterior, que ha olvidado, de un modo aproximadamente como éste: «Hasta que tenía usted *n* años, se consideraba usted como el único e ilimitado dueño de su madre; entonces llegó otro bebé y le trajo una gran desilusión. Su madre le abandonó por algún tiempo, y aun cuando reapareció, nunca se hallaba entregada exclusivamente a usted. Sus sentimientos hacia su madre se hicieron ambivalentes, su padre logró una nueva importancia para usted», etc.” (*Obras completas*. Tomo III. O. C., p. 3367-3368). Si tanto el interpretar y el construir se refieren al trabajo del sentido, las construcciones representan intentos más grandes, desde el punto de vista estructural, de dar una explicación general de algún aspecto de la historia del sujeto; se trata de una producción de sentido más comprehensiva.
15. Freud. *Obras completas*. “Construcciones en psicoanálisis”. O. C., pp. 3368-3369.

Bibliografía adicional

- Ricoeur, Paul. *Freud: una interpretación de la cultura*. 4ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1978.
- _____. *Hermenéutica y estructuralismo*. Buenos Aires: Ediciones Megápolis, 1975.
- Thomä, Helmut; Kächele, Horst. *Teoría y práctica del psicoanálisis*. “La interpretación de los sueños”. Vol. 1. Barcelona: Herder, 1989.

Iván Villalobos Alpízar
villalpi@hotmail.com
Escuela de Filosofía - UCR